Walter Barragán Fascioli

La Sociedad de Cirugía del Uruguay rinde homenaje y agradece con este artículo a su querido colaborador que ha actuado como secretario desde 1952 hasta la fecha.

Es curioso señalar que Barragán nació en Trinidad en 1920, unos meses antes de que se fundara la Sociedad de Cirugía de Montevideo. Podríamos decir que estaba predestinado a acompañarla durante 46 años. Siendo una especie de símbolo de nuestra institución.

Su padre, de origen navarro trabajaba en la inspección veterinaria de la antigua Porongos. Falleció cuando Walter tenía 14 años. Su madre quedó a cargo de los ocho hijos del matrimonio.

Barragán vino a Montevideo a los 16 años, donde completó sus estudios secundarios en el Liceo Nocturno, ingresando a Preparatorios de Derecho. Consiguió un empleo en la administración de la Tienda Inglesa en épocas de su famoso administrador Mr. Henderson.

En ese entonces envió una nota al embajador británico, Sir Eugen Millington Drake, solicitando una beca para aprender inglés en el Instituto Anglo Uruguayo. Corría la época de la Segunda Guerra Mundial, el ministro inglés lo mandó a buscar con el coche de la embajada y le otorgó la beca, que usufructuó durante ocho años. Allí aprendió a dominar esa lengua, lo que le fue muy útil en toda su vida.

Trabajó también en un cargo importante de visitador y jefe de equipo en el laboratorio Whintrop durante muchos años.

El primero de enero de 1952, durante la presidencia del Dr. José Pedro Otero, fue designado secretario rentado de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, desempeñándose también como cobrador y encargado de la contabilidad. Lo que hizo durante mucho tiempo, hasta que, al crecer la Sociedad y los Congresos Anuales de Cirugía (que comenzaron por 1950), se designó al contador Parente para atender la parte económica.

En esas décadas de 1950 y 60, la Sociedad de Cirugía se reunía en la Agrupación Universitaria todos los miércoles y concurríamos los jóvenes cirujanos a las reuniones científicas a escuchar la palabra de los maestros: Del Campo, Chifflet, Stajano, Larghero, Armand Ugon, Palma, Ardao, Cendán, Piquinela y otros; y también a hacer nuestras primeras armas científicas alentados y respetados por ellos. Los oradores se sentaban en un lugar fijo que era respetado.

Barragán, siempre presente y activo, representaba, a nuestros ojos, la seriedad de la Sociedad cuando nos pedía los trabajos y nos daba para corregir las versiones taquigráficas de los comentarios de sesiones anteriores (magnífica costumbre que se ha perdido). A veces eran tan interesantes como las comunicaciones a la orden del día. No era necesario nombrar comentaristas, sino que las críticas, los elogios y las polémicas surgían espontáneamente.

A Barragán le entregábamos los títulos y autores de los trabajos a presentar en el futuro y él nos asignaba la fecha, junto al secretario.

Todo se publicaba en los boletines que salían regularmente y se incluían también en los Archivos de Medicina, Cirugía y Especialidades, una revista que leían todos los médicos uruguayos.

Barragán fue el depositario de los libros de actas de la Sociedad, que le entregó su fundador, Don Carlos Stajano, en 1952 y los guardó celosamente hasta el día de hoy.

Durante los primeros 10 años, los trabajos no se publicaron (los boletines aparecieron recién en 1930). Es decir que esa documentación, que muchas veces debimos pedir a Barragán, es única.

Es él un fino caballero que trató siempre a los cirujanos con deferencia y amabilidad, aunque tuviera que cobrarles las cuotas atrasadas de meses y años.

Fue el nombre de referencia de nuestra Sociedad para los cirujanos del interior y la Argentina, donde teníamos muchos suscriptores.

Casado con Gladys M. Sacco, tuvo tres hijos: Walter, Claudio y una hija que vive en España y le dio varios nietos. Felizmente se encuentra muy bien de salud física e intelectual, pero se retira con un bien merecido descanso.

Para terminar, recordaré un episodio que los jóvenes desconocen. Los preliminares de la fundación de nuestra Sociedad no fueron fáciles debido al feudalismo que existía en las clínicas quirúrgicas. Pero fue el tesón de Carlos Stajano y Manuel Albo lo que consiguió reunir a los colegas. En 1970, al cumplirse el cincuentenario de la Sociedad, Barragán ayudó a Don Carlos Stajano a subir las escaleras del Hospital Italiano con todo el bagaje de actas y documentos para acceder al hermoso salón donde medio siglo antes se había fundado la Sociedad de Cirugía en un lugar imparcial, ajeno a los hospitales donde funcionaban las clínicas quirúrgicas de la Facultad de Medicina.

Dr. Raúl C. Praderi